

## El éxito de una buena “historia” en cine y televisión

*Armando Fumagalli*

*Profesor de Semiótica y Semiología del cine y de lo audiovisual de la “Università Católica” de Milán. En la actualidad es consultor para el grupo televisivo “Lux Vide” y coordinador científico del curso especializado en «Técnicas de escritura para ficción» en la Universidad de Milán.*

Mi intervención tiene en su raíz una doble experiencia profesional. La primera es la docencia para la elaboración de guiones de cine y televisión, preparada a partir de los textos más interesantes de guionistas y *script analysts* de Estados Unidos, y mi experiencia como alumno en las clases de algunos de ellos. La segunda es mi trabajo como consultor y las largas conversaciones con directivos y *story editors* de la productora de televisión Lux Vide (además de los intercambios de ideas con muchos otros profesionales del sector). Lux Vide es en la actualidad la primera productora en horas de ficción de *prime time* producidas en Italia, y muy posiblemente la primera en los resultados de audiencia. Este periodo de estudio y la colaboración profesional me han permitido también colaborar en la creación de un curso intensivo de post-grado para guionistas de televisión y cine organizado por la Universidad Católica de Milán, la Fondazione Perseus y la productora Lux Vide; en especial, por el responsable de la revisión de guiones de esta productora, Luca Manzi, y sobre todo gracias a su experiencia profesional y a su pasión educativa de la que está dando cuenta en la misma Universidad.

¿Qué relación tiene esto con las enseñanzas del Beato Escrivá o con su ejemplo? Para considerarlo, es necesario llamar la atención sobre algunos de los rasgos más característicos de su enseñanza.

Una de las características más fuertes de su planteamiento sobre los problemas morales es la profunda y motivada conciencia —me imagino que tanto por su experiencia personal y pastoral, como por su vida de oración— de que todo planteamiento que establece una disyuntiva entre la moral y la realización de la persona es radicalmente insuficiente, y en gran medida, falso. En las enseñan-

zas del Beato Escrivá, la relación entre fidelidad a Dios y felicidad se afirma siempre de una manera muy profunda. No es posible un verdadero ser hombre si no es en amistad con Dios. Toda idea de una realización de la persona que prescindida de la verdad que más lo identifica, su ser hijo de Dios, es un espejismo que tarde o temprano revela toda su pobreza y falsedad.

En este sentido puede comprenderse también la enseñanza moral de Juan Pablo II y una idea, repetida en muchas ocasiones, pero expresada con gran rotundidad en la homilía que ofreció en el Monte Sinaí el 26 de febrero de 2000: «Los diez mandamientos no son una imposición arbitraria de un Señor tirano. Fueron escritos en la piedra; pero antes fueron escritos en el corazón del hombre como ley moral universal, válida en todo tiempo y en todo lugar. Hoy como siempre, las diez palabras de la Ley proporcionan la única base auténtica para la vida de las personas, de las sociedades, de las naciones. Hoy, como siempre, son el único futuro de la familia humana. Salvan al hombre de la fuerza destructora del egoísmo, del odio y de la mentira. Señalan todos los falsos dioses que lo esclavizan [...]. Guardar los Mandamientos significa ser fieles a Dios, pero también ser fieles a nosotros mismos, a nuestra verdadera naturaleza y a nuestras aspiraciones más profundas».

Esta idea es absolutamente fundamental para aquellas personas que quieren contar historias apasionantes. La creencia de que el mundo del cine y de la televisión es un mundo radicalmente superficial, o que tiene que ver únicamente con superficialidades, es errónea. No se explicaría entonces cómo este mundo puede producir historias atractivas para un público mundial, que en algunos casos, se convierten incluso en historias que resisten durante años en la memoria y el gusto de los espectadores hasta convertirse en obras universales, en clásicos narrativos similares a los de la literatura. Sólo por citar un ejemplo, la televisión italiana emitió en octubre de 2001 la película *La vita è bella*, de Roberto Benigni, líder en ingresos de taquilla en los cines y ganadora de tres premios Óscar. En su primera emisión en la televisión tuvo la audiencia más alta registrada por una película —más de 16 millones de espectadores— desde que se miden los niveles de audiencia en la televisión (1984). Al día siguiente, al emitirse una entrevista realizada en 1997 con ocasión de la presentación de la película en las salas de cine, Benigni afirmaba que *La vita è bella* era una película sobre la fuerza del amor, sobre el hecho de que cuando una persona ama tiene miedo, pero también ánimo, valor —lo que en italiano se llama *coraggio*—. De hecho es posible afirmar que se trata de una película con un profundo y universal significado que se dirige al corazón de las personas: el amor de un hombre por su esposa y por su hijo.

Los guionistas saben muy bien que en el corazón de su trabajo se encuentra el problema de los valores fundamentales, la felicidad del hombre, cuál es su verdadero fin, qué es lo que le satisface de una manera no efímera. La elección

moral está en el meollo mismo de las historias de gran audiencia: el sentido de la fidelidad en el amor, la elección entre carrera y familia, el sentido del dolor, la disponibilidad a sufrir por causa de la justicia, los lazos familiares, la relación entre padres e hijos... Todos estos son temas que están muy presentes en las películas más populares. Si se examinaran las películas de más éxito mundial lo normal es que estos valores aparecieran, si no siempre, al menos casi siempre, bien tratados, de acuerdo con una visión cristiana de la vida.

En esta línea de conexión entre la moral y el problema de la *vida buena* se mueve una reciente pero ya importante tradición de estudios de filosofía y teología moral que encuentra sus raíces en el tomismo. Esta tradición ha vuelto a mostrar la profunda conexión que existe entre los problemas morales y las exigencias antropológicas del sujeto humano: sus aspiraciones, sus deseos... Estos autores muestran lo que ya había hecho de alguna manera Santo Tomás al dedicar la primera parte de su tratado de moral (en la *Prima Secundae* de la *Summa theologiae*) al problema de la felicidad del hombre.

En la reciente biografía de Juan Pablo II escrita por George Weigel se subraya el papel que tuvo la formación teatral del futuro Papa. Esta formación, que supuso incluso que Karol Wojtyła considerara durante cierto tiempo la posibilidad de dedicarse profesionalmente al teatro, ha tenido una fuerte influencia en la forma en la que Juan Pablo II considera los problemas morales: siempre a partir de la perspectiva del sujeto, del sentido de la existencia, sus bienes y valores. Esta sensibilidad existencial y psicológica, inusual en sus contemporáneos moralistas, le ha ayudado a comprender los problemas humanos con una profundidad y un enfoque en buena parte originales; a entender el drama de la existencia, la profunda exigencia de verdad, la importancia del riesgo y la entrega de sí mismo, etc. Esta comprensión se ha realizado sobre su formación teológica y el estudio de la metafísica tomista en sus años romanos de la postguerra. En esta línea se sitúa también su antropología del amor y del don de sí, ya perfilada en su obra *Amor y responsabilidad*, de 1960. Además, hay que llamar la atención sobre el reconocimiento que algunos de los estudiosos actuales de filosofía moral dan a las formas narrativas en la formación moral de la persona, volviendo a considerar la unidad (no identidad, pero sí estrecha relación) entre filosofía y literatura, moral y narración.

El Beato Josemaría está, en mi opinión, muy cerca de estos planteamientos. Quizá no tanto o no principalmente por su formación teórica en el tomismo (aunque lo había asimilado muy bien), sino por su profunda comprensión —existencial, metafísica y teológica— de la persona en su relación con Dios, el sentido de su libertad, de los apasionantes riesgos que hay que correr en la vida, y la conexión, como señalaba antes, entre la respuesta a Dios y la realización del hombre.

Todo lo dicho hasta ahora pone de relieve que, si el corazón humano está hecho para el bien, para amar a Dios y al prójimo, tiene que ser posible contar historias que sean profundamente morales y que sean atractivas para la audiencia. Existe, evidentemente, un problema de capacidad dramática, de habilidad profesional, técnica (contar *bien* estas historias), que en el medio audiovisual requiere poner en juego múltiples y complejas habilidades. Pero me parece que, por lo que se refiere a la orientación moral de las historias, en la actualidad el problema no es tanto que el público busque historias inmorales —que con muy pocas excepciones tienen mucho menos éxito de lo que se supone—, sino que este campo está muy poco trabajado por los que tienen una visión cristiana de la vida. Tanto las encuestas de investigadores de Estados Unidos como muchas otras experiencias, recogidas también en algún escrito nuestro<sup>1</sup>, muestran cómo el cine y la televisión están hoy en su mayoría dirigidos por personas que tienen ideas hedonistas y ajenas a la trascendencia. Estas ideas invaden el medio audiovisual no tanto porque sus directivos quieran ganar más, sino porque son el reflejo de sus creencias, por su falsa idea del hombre. Por motivos que sería quizá interesante indagar, el cine y la televisión están en su gran mayoría en manos de una minoría cultural totalmente laicista en la que no sólo son pocos los creyentes en Dios, sino también los que están casados y tienen hijos. La mayoría son personas inestables en su vida familiar, sumisas —no siempre, pero muy frecuentemente— a la corrupción que se deriva de la abundancia de dinero que hay en estos ambientes, dedicadas por entero a su arte, con una declinación de la vida *bohémienne* que del ideal romántico tiene ya sólo la absolutización del contexto artístico en que se vive. Estas personas cuentan historias inmorales no porque tengan más éxito, sino porque su mentalidad es ajena a todo lo que está más allá de un cinismo bien educado o de un genérico y relativista sentido de solidaridad; que se revela por cierto, muy pobre y muy débil frente a las dificultades de la vida.

En este contexto resulta muy interesante la experiencia profesional de la productora Lux Vide. Muchos de los profesionales que la integran tienen una formación cristiana. No es la única que tiene este planteamiento, pero en este momento es quizá una de las más importantes en Europa. Desde sus comienzos, hace unos diez años, Lux Vide ha querido poner en su ideario fundacional una idea creacionista del hombre: quiere realizar programas que hablen de todos los problemas de la vida, pero que en su planteamiento de fondo sean acordes con una visión cristiana. Las consecuencias han sido, en su gran mayoría, éxitos de audiencia, y creo que es posible afirmar que de hecho ha cambiado el horizonte

<sup>1</sup> G. BETTETINI - A. FUMAGALLI, *Lo que queda de los medios*, Pamplona 2002 (ed. orig.: *Quel che resta dei media*, Milano 1998).

cultural del panorama televisivo en Italia. Sus programas de ficción han influido en otras producciones mostrando que es posible contar historias con un planteamiento digno y moral y con éxito en el público.

En el año 2000, el programa de televisión de ficción de mayor audiencia (14 millones de espectadores, con un *share* del 45%, —altísimo si se tiene en cuenta que en Italia son 7 las principales cadenas que se disputan las audiencias) fue una miniserie de dos capítulos, muy austera y nada espectacular, sobre un fraile franciscano, el Padre Pío de Pietrelcina, recientemente beatificado por Juan Pablo II. También en los primeros meses de 2000 se emitió una serie basada en la obra *Fr. Brown* de Chesterton, con contenidos muy positivos, muy simpática, que tuvo una media de 9 millones de espectadores, con un *share* entre el 30 y el 35%, que ha sido la segunda serie del año en audiencia, solo por detrás de la adaptación italiana de la serie española *Médico de familia*. La Rai pidió un *sequel* de esta serie, emitida en otoño de 2001 también con muy buenos resultados, y ahora se está trabajando en una tercera entrega de capítulos. En años anteriores —por seguir con algún ejemplo— tuvo gran éxito una serie sobre problemas de micro-criminalidad juvenil, que trataba temas de educación de adolescentes. Los protagonistas de la serie eran un fiscal y una mujer policía, novios que, entre otras cosas, vivían castamente su noviazgo.

Uno de los problemas a los que se enfrentan estas series es que hay muchísima dificultad para encontrar guionistas que puedan escribir las historias. De hecho, en las de carácter más directamente religioso fue necesario que los guiones fueran revisados por consultores creyentes y practicantes, pues no se encontraban guionistas que tuvieran la suficiente sensibilidad religiosa y el conocimiento real y profundo de lo que es una manera específicamente cristiana de vivir y de enfocar los problemas.

Es un poco difícil hablar de cómo estas ideas, heredadas del Beato, han podido ser fecundas en otras experiencias profesionales, porque esto implicaría hacer una encuesta sobre los múltiples medios profesionales y culturales conectados con el mundo de la comunicación... Además no me siento en condiciones de relatar aquí experiencias profesionales de otras personas: lo que sí puedo decir es que sé que hay profesionales del cine y de la televisión que están en sintonía con estas ideas. Quizá no sean muchos, por ahora, pero van creciendo y sobre todo comienza a hacerse notar la generación de jóvenes que se está formando y empeñando a trabajar con estas ideas.

Por ejemplo, sé que algunas de estas ideas, por mi parte recogidas —sin referencias explícitas al Beato— en *Lo que queda de los medios*, escrito con Gianfranco Bettetini y expuestas además en otros escritos, clases e intervenciones —además de en muchas conversaciones personales con algunos profesionales—, han dejado huella y están inspirando a profesionales de la comunicación, pro-

ductores y a directivos de televisión. Algunos de ellos se refieren más o menos directamente a las enseñanzas del Beato Escrivá, y han animado a personas de este mundo a no tener miedo a dar un contenido antropológicamente recto a estos medios. Sé que hay otras experiencias de producción, en Italia y en España (de algunas de ellas se ha hablado en las Jornadas de Comunicación celebradas en noviembre 2001 en la Universidad de Navarra), quizá menos importantes, por ahora, que Lux Vide, pero que están abriéndose camino en este difícil medio. Además de guionistas jóvenes que están empezando a ver cómo se solicita y produce su trabajo en pantalla.

Animados por los primeros resultados positivos, algunos docentes y profesionales de la comunicación hemos dado impulso a la fundación Perseus, que se dedica a la formación de guionistas y productores de cine y televisión con la idea de preparar a personas que tengan esta visión profunda y realista del ser humano, de su radicación en Dios y de su necesidad vital de orientación al bien. Esta fundación ha ayudado a la puesta en marcha del segundo curso para guionistas que imparte la Universidad Católica de Milán en colaboración con la productora Lux Vide, y ahora está desarrollando, junto a la asociación Elis, un curso para guionistas y productores de dibujos animados y animación electrónica.

El planteamiento profundamente antropológico de la visión moral del Beato Josemaría ha hecho que estos programas formativos de alta especialización en la elaboración y revisión de historias para el cine y la televisión tengan un carácter laical —descartando de raíz las opciones clericales— sereno y afirmativo; y rehusen la tentación de encerrarse en posiciones defensivas o de limitarse a un mercado «protegido» o confesional.

Este trabajo más directamente formativo, como ya se ha dicho, no cuenta más que con dos o tres años de experiencia, y quizá sea demasiado pronto para cualquier balance, también uno primerísimo, sumario en extremo, como el que hemos intentado hacer hasta ahora. Pero la trayectoria profesional de los primeros que han salido de esta formación muestra ya la gran fecundidad de estas ideas y de esta postura positiva y abierta, heredada del Beato Escrivá. Creo que dentro de cinco o diez años serán ya muchos los frutos de esta nueva vitalidad que he podido ver nacer con mis ojos en los años del cambio de milenio. Ni en el cine ni en la televisión, como tampoco en cualquier otro ambiente del mundo, existen motivos por los que el cristiano no pueda dar respuestas cabales y satisfactorias a las ansias de sus hermanos los hombres, sean del país o la cultura que sean.